Las peras que elegían su estación

Por Shyvirelle

El frutero Darío llevaba treinta años vendiendo según el calendario. En marzo bajaba el precio de lo que empezaba a madurar; en julio dejaba las cajas a la sombra; cuando llegaba el frío, envolvía la fruta más delicada en papel de estraza. Decía que un buen comerciante no podía adelantar una estación ni aunque pagara el doble por ella.

Una mañana encontró delante de su puesto un árbol de madera. Tenía raíces talladas, una copa formada por pequeñas láminas y un tronco del tamaño de un paraguas cerrado. Lo había dejado allí una mujer que vendía objetos de casas desocupadas. A cambio solo pedía que Darío le guardara dos cajones vacíos.

—Es un adorno —le dijo—. Aunque quien me lo dio aseguraba que responde cuando alguien nombra una estación.

Darío se rio. Le gustaba que los objetos raros terminaran en el mercado, donde siempre había alguien dispuesto a preguntar su precio. Puso el árbol junto a la balanza y, para divertir a los primeros clientes, dijo en voz alta:

—Verano.

La copa crujió como una puerta antigua. De una rama surgió una pera dorada, pesada, con la piel tibia y un perfume de miel que atravesó el olor a naranjas del puesto. Darío la tomó con cuidado. Al apoyar el pulgar sobre el fruto, la pulpa cedió un poco; parecía maduro en el instante justo.

—¿Cuánto? —preguntó una señora.

Darío dijo una cantidad exagerada. Ella la pagó sin regatear. A los pocos pasos, abrió la fruta con una navaja y dejó escapar un aroma dulce que atrajo a tres personas más. Darío quiso pedir otra igual.

—Verano —repitió.

El árbol no movió ni una astilla.

Lo intentó en voz baja, luego desde el otro lado del mostrador. Nada. Solo cuando pronunció «Otoño» creció una segunda pera, color cobre, más pequeña y con la piel tersa. Al partir una rodaja para probarla, oyó el chasquido limpio de una fruta firme. El jugo era fresco, con un sabor que recordaba a las hojas secas y a las nueces almacenadas. Una cocinera del mercado la compró para servirla en láminas con queso.

—Tiene cuatro oportunidades —dijo una voz a su lado.

Era Beni, el muchacho que descargaba las cajas antes de entrar a su turno en la biblioteca. Había observado los dos intentos fallidos.

—No sé si oportunidades o trucos —respondió Darío.

—Si repite una estación y no aparece nada, quizá solo se puede usar una vez cada nombre.

Darío miró la copa de madera. Quedaban dos estaciones y dos ramas sin movimiento. Había vendido las primeras peras antes de saber qué podía hacer con ellas.

—Dos ventas estupendas —dijo.

—Sí. ¿Y si una de las otras no sirve para venderla hoy?

La pregunta le molestó un poco. Darío conocía el arte de vender antes de que una fruta se pasara, y un objeto capaz de producir cuatro peras era un negocio extraño, pero negocio al fin.

—La fruta buena no espera —contestó.

—La que no está buena para comer cruda puede servir para otra cosa. Mi abuela cocinaba las peras duras en almíbar. Nunca las tiraba por estar verdes.

Darío guardó silencio. La balanza seguía vacía y el árbol seguía allí, sin que nadie más se atreviera a nombrar una estación. Al mediodía llegó una pareja que ofreció comprar el objeto entero. Él no aceptó. Tenía la sensación de que vender el árbol sin comprenderlo sería como entregar un reloj sin saber leer sus agujas.

Cuando el sol empezó a bajar, pronunció «Primavera».

La tercera pera nació de un verde casi transparente. Era pequeña, áspera cerca del tallo y tan dura que la navaja apenas marcó la piel. Su olor era el de la hierba recién cortada y la lluvia sobre tierra templada. Darío la mordió por curiosidad; el sabor ácido le hizo cerrar un ojo.

—No se la va a llevar nadie —dijo.

Beni, que volvía de la biblioteca, la miró con atención.

—Yo sí conozco a alguien.

Fueron hasta la cocina de Celma, la mujer que preparaba conservas para los puestos de los alrededores. Ella sostuvo la pera como quien examina una herramienta, no un postre. Le interesaron su firmeza y su acidez. Propuso cortarla en láminas finísimas y conservarla con especias para acompañar platos salados. Darío no la vendió. Celma le propuso esperar unos días para ensayar una conserva. Él guardó la pera inmadura, envuelta en papel y sin precio, en el cajón fresco de su puesto.

Cuando volvió al puesto, el mercado estaba casi vacío. En las baldosas quedaban hojas de papel y manchas de agua; el viento hacía sonar los toldos. Darío acarició la rama final del árbol.

—Invierno.

La cuarta pera apareció despacio, como si tuviera que atravesar una noche larga. Era pálida y mate. Al tomarla, notó un frío seco que no quemaba, pero tampoco se iba con la mano. La piel era dura; al acercarla al oído y golpearla suavemente con una uña produjo un sonido breve, parecido al de una taza de porcelana. Olía a madera guardada, a aire limpio de madrugada. Ningún cliente esperaba una fruta tan extraña a esa hora.

Beni apareció al otro lado del mostrador con los dos cajones vacíos que Darío había prometido entregar a la mujer del árbol.

—Ya están listos —dijo.

Darío contempló la pera de invierno. Podía guardarla como rareza, ponerle un precio desmesurado o intentar convencer a alguien de que aquella dureza era una virtud. Le parecía, sobre todo, el fruto de una conversación que había empezado mucho antes de que él supiera escucharla.

—Llévatela —le dijo al muchacho.

—No tengo dinero para una pera que sale de un árbol de madera.

—No te la vendo. Es la última y quiero que sea tuya.

Beni la aceptó con ambas manos. Se le enfriaron los dedos. No intentó morderla. La acercó a la nariz y sonrió, sorprendido por aquel olor a mañana lejana.

—¿Y si no se ablanda nunca? —preguntó.

—Entonces no tendrás que comértela. Hay cosas que sirven sin acabar en el plato.

Al cerrar, Darío encontró el árbol inmóvil, con cuatro ramas ligeramente curvadas hacia el suelo. Ni él ni Beni sabían si volvería a dar fruto al año siguiente. La única certeza era que no respondía ya a ningún nombre que hubieran pronunciado.

En el cuaderno de cuentas, Darío anotó las dos ventas del día. Debajo escribió, con letra más pequeña: «Una pera verde para una conserva todavía por probar». No apuntó precio junto a la cuarta. Por la puerta de la biblioteca vio pasar a Beni, que llevaba la pera pálida envuelta en su bufanda, con el mismo cuidado con que otros llevaban un libro prestado.